

Traduttore traditore

Javier de Mendoza

Muchos de los nombres españoles de las películas no se parecen en nada a sus títulos originales. Algunos resultan particularmente grotescos. Por ejemplo, *Con la muerte en los talones*, de Alfred Hitchcock, se llama en realidad *North by Northwest*, jugando con el nombre de una compañía aérea americana, que aparece fugazmente en la película. Se entiende que lo cambiaran, pues a un espectador español el título original le resultaría algo críptico, pero ello no justifica que se le haya dado ese ridículo nombre de película de pistoleros. En otros casos, la traducción pretende ser fiel al original, pero la desidia o ignorancia del traductor resulta todavía más ridícula. Hay un ejemplo del que casi nadie habla, y que tiene que ver con la química, y por eso lo traigo a colación aquí. Me refiero a *La gata sobre el tejado de zinc*, dirigida por Richard Brooks en 1958 y protagonizada por Elisabeth Taylor y Paul Newman, basada en la obra de teatro del mismo nombre escrita por Tennessee Williams, y ganadora de un Premio Pulitzer en 1955. ¿Del mismo nombre? Veamos. El título original es *Cat on a Hot Tin Roof*. De entrada no se especifica que se trate de un gato o de una gata, pues el inglés no sufre de los problemas de género que tan de moda están entre nosotros, ni tampoco en el título español se indica que el tejado esté caliente (aunque en las traducciones de la obra teatral sí se suele especificar). Pero lo más curioso es que *tin*, en inglés, es *estaño*, y no *zinc*, como el traidor traductor ha bautizado, quizás influido por el parecido fonético entre ambas palabras y, por supuesto, por su total ignorancia de la química. Hoy en día, los tejados metálicos, llamados popularmente de chapa, de lata o de hojalata, según los países, son láminas de acero laminado (aunque a veces se ha utilizado plomo, cobre, hierro o el propio zinc), recubiertas de una fina lámina de estaño para evitar la corrosión, que se fija por galvanoplastia, un proceso electroquímico. En el siglo XIX el hierro estañado era el tipo más corriente de techo de metal. Pero todo el mundo en España e Hispanoamérica se ha tragado lo del zinc de la película. Un día le pregunté a un amigo si había leído *Gato sobre un tejado de estaño caliente* de Tennessee Williams y me miró raro.

Pero eso no es todo. La desidia en la traducción de los términos químicos del inglés al español campa ahora a sus anchas en el lenguaje corriente, en la publicidad y en los medios de comunicación. Cuando me dicen que un alimento, un detergente o un cosmético contiene muchos *químicos*, me dan ganas de mirarlo al microscopio a ver si descubro en él

danzando a unos diminutos hombrecillos con bata blanca. Se me dirá que eso no tiene importancia, que cuando hablamos de químicos nos referimos a *productos químicos*, pero en realidad sí la tiene. En inglés un producto químico es un *chemical*, mientras que un químico de esos de bata blanca es un *chemist*, que no es lo mismo. Por no mencionar el hecho de que cuando se habla de que algo lleva mucha química, se hace casi siempre de forma peyorativa, para resaltar que no es natural, como si las cosas naturales no fueran también constituidas por materia química. Ah, claro, es que esa química la ha producido la Naturaleza, no el hombre en el laboratorio, te dicen convencidos. Nos tendremos que resignar a que la única acepción positiva de nuestra ciencia sea *tener buena química* para referirnos a la atracción entre dos personas. Por el contrario, la física, tan alabada como motora del conocimiento, en ese contexto resulta perjudicada, pues la atracción física tiene menos de espiritual. No voy a seguir aquí y ahora con ese gran tema de debate, que dejo para otra ocasión.

Los hidrocarburos son otro ejemplo interesante. Están constituidos, como todo el mundo sabe, esencialmente por hidrógeno y carbono, y en inglés se denominan *hydrocarbons*. A nadie se le ocurriría llamarlos *hidrocarbonos*. Sin embargo, si llevan otros elementos, como flúor (los freones de los aerosoles, el teflón, etc.), muchos los traducen sin pestañear como *fluorocarbonos*. Lo mismo ocurre con determinados polímeros. Las siglas del popular PVC corresponden al nombre inglés *poli(vinyl chloride)*, es decir, es un monómero, el cloruro de vinilo (cloroetano en su nombre sistemático), que se polimeriza uniendo de forma aditiva muchos monómeros entre sí. Al final queda una larga cadena lineal con un átomo de cloro colgando cada dos carbonos. Pues bien, en español es frecuente verlo traducido (incluso en libros de texto) como *cloruro de polivinilo*, como si hubiera una larga estructura química (el polivinilo, en realidad polietileno) unida a un solo cloro. Lo correcto debería ser obviamente *poli(cloruro de vinilo)*.

Bueno, no quiero parecer muy técnico, ni pretendo que todo el mundo sea un experto en química, pero no sería mala idea que los medios de comunicación tuvieran algún contacto en el mundo científico, al que pudieran consultar cada vez que aparece un término químico que requiera traducción, o algún concepto que merezca ser explicado. Los diarios más importantes tienen una sección periódica dedicada a la ciencia y a la innovación dirigida por especialistas, a ellos podrían acudir. Incluso algunas revistas de entre las más prestigiosas, como *Nature* o *Science*, o la misma Academia que otorga los Premios Nobel, tienen departamentos de prensa que se ocupan de divulgar, en un lenguaje asequible, pero riguroso, los descubrimientos que salen a la luz.

El idioma español es sumamente rico, y muchos términos técnicos admiten diversas traducciones que a unos les suenan bien y a otros no tanto, pero que son todas razonables y no merecen ser criticadas. Por ejemplo, las reacciones de transposición pueden ser también de reagrupamiento o de

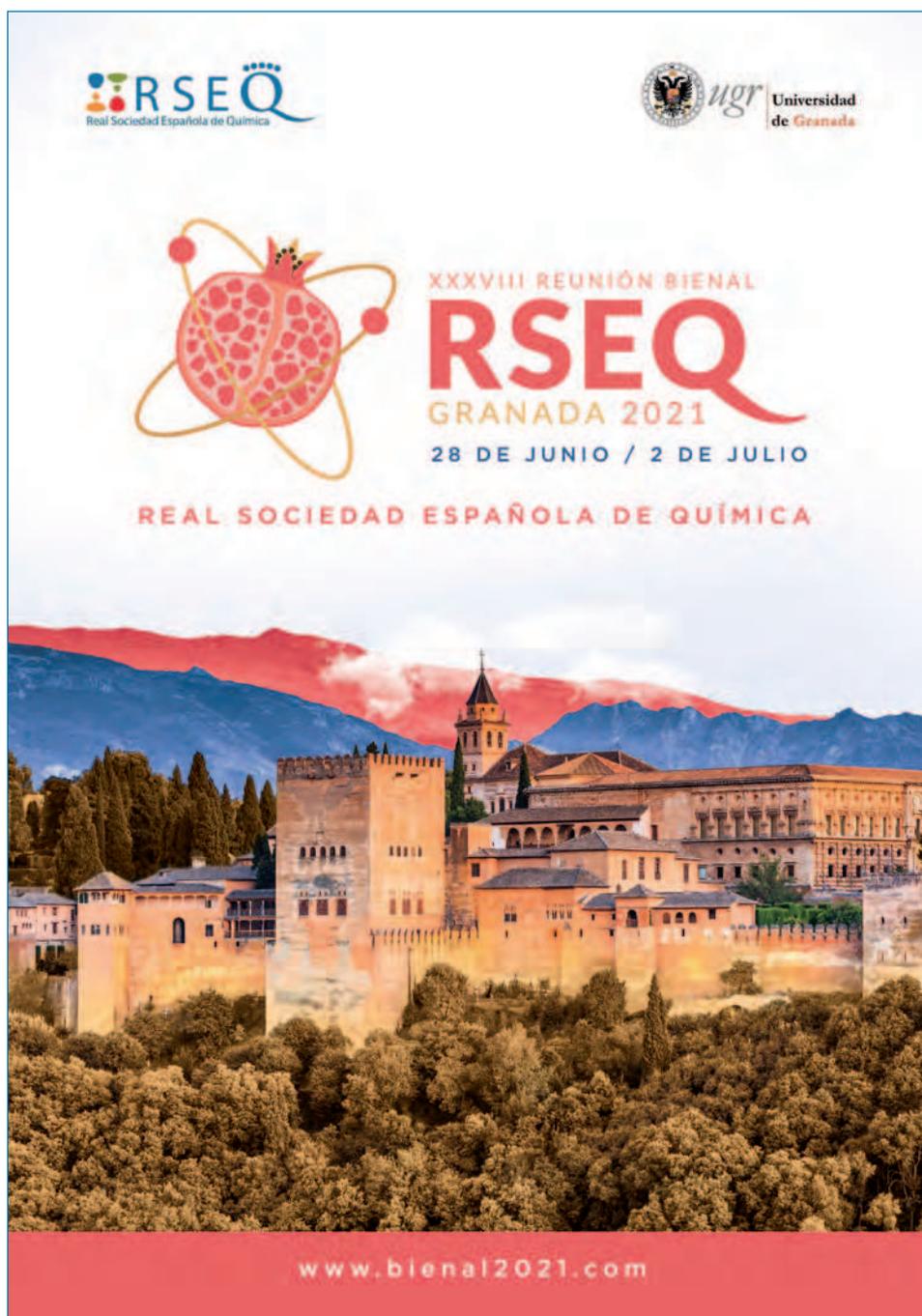


J. de Mendoza

Catedrático jubilado de Química Orgánica
(Universidad Autónoma de Madrid).
Profesor Emérito, Instituto Catalán de Investigación Química
(ICIQ, Tarragona).
C-e: jmendoza@icIQ.es

reordenación, según países e incluso regiones, y todas se refieren al término inglés *rearrangement*. Los orbitales (o bien orbitalas, así lo he leído en algún libro de texto latinoamericano) se pueden solapar, recubrir, o hibridar. Parece que desde que se rompió la torre de Babel, estamos condenados a comunicarnos en muchos idiomas (¡qué entrañable resulta la historia de la humanidad vista por la Biblia!), y eso obliga a traducir o al menos a conocer los más importantes. Y si traducir textos científicos resulta a menudo complicado, no

digamos ya las traducciones literarias o los doblajes cinematográficos. Mi gran admiración por todas las buenas, aunque nada iguala el placer de leer los textos en su idioma original, cuando éste se conoce. En mi caso, el reto de *traduttore traditore* lo viví sólo una vez, hace muchos años, con mi amigo Miquel Pericás, actualmente director del ICIQ en Tarragona, con un libro de texto de Química Orgánica. Vaya verano nos tocó pasar, una extraña mezcla de playita y máquina de escribir, y ¡sin ordenadores!



Logo: RSEQ Real Sociedad Española de Química

Logo: ugr Universidad de Granada

XXXVIII REUNIÓN BIENAL
RSEQ
GRANADA 2021
28 DE JUNIO / 2 DE JULIO

REAL SOCIEDAD ESPAÑOLA DE QUÍMICA

www.bienal2021.com